

*L'obscurité devrait présager l'incommunicable, non l'incapacité à communiquer.*

ERNST JÜNGER, *Mantrana*

AHORA que he vuelto a mis paseos matutinos por la playa viendo cómo mi paisaje se deteriora a golpes de ineficacia y barbarie. Ahora que saboreo, una vez más, un café fuerte y denso en la terraza de este bar querido del Saler. Ahora que en el cielo luce ese espléndido sol de Valencia, ese punto generador de transparencias, azules y blancos prodigiosos, desconocidos para quien no haya vivido en esta planicie repleta de contrastes. Ahora que por fin he llegado a mi lejana ciudad mediterránea, releo la obra de aquel ermitaño noruego recluido en las islas del norte...

"Saber ya no significa ser capaz de descubrir los diferentes nudos gordianos, las diferentes encrucijadas, donde confluyen diversos planos físicos y por decirlo de alguna forma, visionarios.

Ausentes ya los dioses del bosque, de la fuente y del fuego, y muerto el Dios único y sus criaturas aladas, vivimos alejados de la vida y ajenos a su incesante movimiento. Materialistas vulgares, olvidamos la sabiduría de las estrellas, la esfericidad de los mitos, cayendo, desposeídos, en un infierno de objetos, plásticos y nada.

La nada reina en nuestro mundo porque todo lo vislumbramos, cegados por la técnica, a través del plano cristal de la mentira informativa, y de los folletos de instrucciones de los fabricantes.

Nos rodean los objetos, nos asfixian los objetos, nos debilitan los objetos, mientras la dictadura y el hambre, el caos y la barbarie nos acechan en el camino. Vivimos tiempos decadentes, tiempos nihilistas, tiempos norteamericanos.

Es inútil descifrar iconos como pretende la ciencia. Inútil y desmesurado. Nos basta su fuerza alegórica. Nos debería bastar su fuerza alegórica. Nos debe bastar su fuerza alegórica. El intentar descifrarlos es inútil y empobrece nuestra humanidad, aunque nos vivifique la desmesura de la empresa. En realidad, es ésta una tarea desprovista de conocimiento —aunque esa ausencia se oculte con una palabrería de muerte— porque un icono presupone otro y una imagen lo es porque ha habido otra, porque cohabita en un universo de ellas, porque genera y es generada a cada instante. El mundo no es más que un conjunto icónico inconmensurable, un conjunto de iconos inconmensurables. A nosotros, como hombres, sólo nos resta el ser capaces de descubrir el espacio existente entre ellos, para dicha misión poseemos la fuerza de la alegoría. Llenar el vacío, crear nuevas realidades iconográficas, producir nuevos espacios intericónicos, vivir. Vivir y simular la propia

imagen simulada. Vivir y detener la vida con la vital escritura, con la congelación de un amanecer siempre inconcluso y su futura independencia en un mundo complejo de dependencias totales e infinitas. Producir iconos, pero con la emblemática intención de recobrar la riqueza de la única noción de verdad posible, recobrando su valor polisémico y renovador. Para eso, para reencontrarnos, debemos saber hallar el pasado, nuestro pasado protohistórico —la oralidad del mito— y a partir de su única posibilidad, viviéndolo, o por lo menos sabiendo que se encuentra, como el aire, en el horizonte.

Sí, vivir reviviendo la fuerza del mito, su pureza, que aún subyace en las formas de nuestras culturas mestizas. Mito nunca materializado por la escritura, dada su historicidad asesina —que no criminal—, y sólo aprensible —¿recordado?— desde el límite de nuestras alegóricas vidas, de nuestras alegóricas literaturas. En realidad sería bueno preguntarse lo que habría sido de nuestro pensamiento dual, de nuestra moral maniquea en un planeta con dos lunas o varios soles.

Quizá, ahora que en el mundo se sumergen las viejas mentiras deladoras revistiéndose con nuevos-viejos disfraces opresores. Quizá, ahora que el horizonte se desploma de nuevo en una noche de castillos en la bruma, de negra sangre fanatizada, de ácida lluvia destructora, podamos —con furia de malditos— girar nuestra mirada hacia el cielo y sus estrellas, hacia los ríos, lagos y mares, hacia la tierra y su horizonte. Quizás ahora podamos encontrar nuestra rama dorada, nuestra parasitaria rama de muérdago con la que enterrar, derrotados, pero redimidos por la transparencia de nuestro saber, la última edad del hombre."

Palabras, sólo unas palabras que ahora al releerlas en las proximidades de mi casa en la playa abierta del Saler me hacen sentir un negro aleteo, un grito acompasado, un raudo vuelo de

mi negra gaviota. Svartbak y los abismos de la isla de Moskenes. Svartbak y las tormentas de Hamnøy. Svartbak y la dulzura de Hamarøy, la patria de Knut Hamsun en Ofoten. Qué ajeno a tales miradas es este mediodía, este sol y sus treinta grados a la sombra, esta aromática taza de café, esta copa de brandy jerezano, este cigarrillo filipino en cuya vitola inscribieron las iniciales de mi nombre. Qué ajeno de mi experiencia de la luz, de la cabaña en Snertingdal y la fina lluvia de aquellos valles de bruma y bosques. Qué lejos y a la vez qué cerca de mí se hallan los paisajes del Svartbak. Qué extraño resulta no escuchar en otoño el crujir de las hojas al caer en el suelo, ni poder respirar un aire repleto de los aromas de esa estación de oro, sobrecogido por la esplendorosa muerte de las doradas, rojizas y plateadas hojas de robles, tilos, arces y abedules. Esa luz matizada por la sombría amenaza de los verdes pánicos detenidos ahora por la proximidad del invierno, esos verdes y amenazantes pánicos de los abetos escandinavos. Qué absurdo asistir al milagro de un invierno sin el silencio del amanecer escarchado de hielo, sin la sorda caída de la nieve, sin su frío sol y con la prolongación del octubre de los pájaros, de su locura anual, a lo largo de toda la estación del sueño. Qué ilógico resulta el final de los sueños invernales sin escuchar el canto del urogallo ni asistir a la berrea del alce. Qué absurda me parece esta primavera sin matices, costera, ajena a la putrefacción de la nieve, ajena al reverdecer del suelo, al reverdecer del cielo, a la redención de los pánicos en sus vuelos de flecha detenidos sobre un pasado aún blanco y, a veces, en las ciudades, sobre un desvelamiento de objetos antiguos, viejos y moribundos arrojados por maleantes y que, fundida la nieve, muestran los perfiles mutilados

de la basura. Qué silencioso me resulta el verano sin oír el repiqueteo del pájaro carpintero en busca de una madera propicia o de un tambor arbóreo. Qué difícil es vivir en un mundo sin linderos, sin límites naturales, aprisionado por las artificiales y sucias fronteras del hombre y su absurda necesidad de arrasar miserablemente su herencia natural. Qué horror de mundo convertido en estercolero de hormigón por un ser que se avergüenza de su pasado simiesco. Cuánto misterio se esconde desde este claro Mediterráneo en las señas del castillo de Soria Moria, "Østenfor sol, vestenfor måne", al este del sol y al oeste de la luna.



M. A. Campano

JOSÉ MARÍA IZQUIERDO  
Oslo, febrero de 1992